

Fernando González: La filosofía es viva y es nutricia*

JAVIER HENAO HIDRON**

El Club de Abogados, interesado en promover el colegaje y estimular las inquietudes intelectuales de sus afiliados, inició en agosto una reunión mensual que, como preámbulo a un almuerzo de compañeros, incluye una conferencia sobre un tema de interés cultural. Los primeros conferencistas invitados han sido dos ilustres exponentes de las letras colombianas y americanas, los maestros Otto Morales Benítez y Germán Arciniegas.

Difícil admitir, en tales condiciones, que el tercer invitado pudiera ser un consejero de Estado, así éste, adicionalmente, hubiese demostrado vocación por el conocimiento de los valores de nuestra literatura. El asombro iría en aumento si a ese invitado se le asignara la ardua tarea de escoger a un exponente de la literatura colombiana y cotejar su pensamiento con la época en que vivió y la manera de concebir una nueva cultura.

Un literato cuyo pensamiento permitiera semejante cotejo con el devenir histórico de un país y las características del hombre que lo habita, para deducir de ello un hermoso y noble legado a la juventud de su patria, tendría que ser algo más que un escritor. Indispensablemente necesitaría trascender al ámbito del humanista, del pensador, o del filósofo.

Porque sólo el pensador puede tener una preocupación constante por reflexionar acerca de la problemática social y humana.

Porque sólo el humanista puede adquirir una cabal comprensión del hombre y su circunstancia.

* Conferencia dictada en el Club de Abogados de Bogotá.

** Abogado, periodista, escritor, exalcalde de Medellín, profesor universitario, actual Consejero de Estado.

Y porque sólo el filósofo puede tener el suficiente amor a la sabiduría que le permita penetrar en la esencia de las cosas.

En un medio como el colombiano, o el suramericano, tan limitado por numerosas circunstancias para estimular la adquisición de altos grados de conciencia en el ser humano, y el consiguiente cultivo de ideas universales, resulta casi que imposible para los literatos, exceder la órbita de su disciplina. Más aún cuando esa literatura ha tenido como medios de expresión, la retórica, la metáfora y los largos períodos, razón por la cual las manifestaciones o conceptos son producto de la ensoñación o la fantasía. El escritor-humanista y en mayor grado todavía el escritor-pensador o el escritor-filósofo, surgen muy de cuando en cuando en esta América mestiza, folclórica y tropical. Empero cuando surgen, suelen adoptar unas formas de expresión del conocimiento, abstractas, rebuscadas, desprovistas de originalidad y sin relación con el mundo que les rodea; carentes, en una palabra, de autenticidad. Más que humanistas, son eruditos que conocen los acontecimientos ocurridos a lo largo de la humanidad. Más que pensadores, son investigadores bien documentados acerca del pensamiento ajeno. Y más que filósofos, son graves señores que suelen conocer a los filósofos reconocidos, desde los griegos hasta Hegel, Emmanuel Kant o Martín Heidegger.

Producir un humanista, un pensador, o un filósofo, con raíces hondas en nuestro suelo, que expusiera en forma original y crítica el modo de ser de sus semejantes, buceador en su propio mundo interior y que fuese capaz de mostrar un camino de dignidad a las nuevas generaciones, sería un logro inmenso, pues tendríamos una especie de nuevo Libertador que estaría en condiciones de cumplir con la fuerza y proyección de su pensamiento una misión similar a la que Simón Bolívar realizó en el campo de la acción.

Fernando González Ochoa, o simplemente Fernando González —nombre éste que utilizó en todos sus libros y ensayos—, es sin duda un escritor, pero un escritor singular en la literatura colombiana. Aunque todavía desconocido, salvo en algún sector de la juventud y en ambientes intelectuales, este antioqueño y por más señas, envigadeño, destaca por poseer un estilo literario lleno de energía, belleza y originalidad, reconocido aún por sus más perspicaces o apasionados detractores; tal es el caso de Jaime Mejía Duque, notable crítico literario, para quien Fernando González es un escritor prácticamente inasible, por lo irregular, contradictorio y disperso en sus conceptos y opiniones, lo que no es obstáculo para

que admire el encanto de su arte literario y llegue a considerarlo el mejor prosista de su generación en Colombia.

A pesar de estar excepcionalmente dotado para la literatura, Fernando González la concibió ante todo como un medio para la expresión de su pensamiento filosófico, apartándose de la línea de conducta seguida tradicionalmente por los escritores nacionales. Las aficiones literarias y filosóficas las cultivó desde muy joven y fueron la causa, llevadas un poco al extremo, para su expulsión del Colegio de San Ignacio de Medellín, siendo estudiante de quinto año de bachillerato. De esta manera vino a sumarse, a aquellas disciplinas intelectuales, una actitud que resultó protuberante: la de rebelde, asumida con tal decisión, que hizo del “vivir a la enemiga” un modo de comportamiento individual. Sus libros son producto de su vida, decididamente autobiográficos, sinceros, cálidos, penetrantes y verídicos. “Los escribo para confesarme”, decía, y por eso convirtió la literatura en sucedáneo del confesionario. Del deseo íntimo por exponer su mundo interior, nació el método introspectivo y un desprecio total por la mentira. Surgió también un lenguaje sincero y duro, no exento de escatología, que escandalizó a muchos de sus contemporáneos. Pero fue adalid de la verdad o, por lo menos, de “su verdad”.

Cuando incursionó en el campo de la historia, siguió aquellos parámetros, fundando su método en el juicio de identidad. Consistió en hacerse uno con los personajes, reviviendo la historia por el procedimiento de la autosugestión. Denominado método emocional, lo utilizó en *Mi Simón Bolívar* (1930), formidable estudio psicológico acerca del hombre de la libertad, para cuya mensura inventó el metro psíquico o instrumento de medición de los grados de conciencia en hombres y pueblos; *Mi Compadre* (1934), que muestra en toda su dimensión a Juan Vicente Gómez, el “brujo” de los Andes; y *Santander* (1940) en donde desnuda a nuestro héroe nacional en el más polémico análisis sobre la actividad vital —sentimientos, pasiones y anhelos— del Hombre de las Leyes.

En sus libros aparecen a menudo, armonizadas dialécticamente, la literatura y la filosofía. Mas es preciso señalar que el pensador rebelde nunca pudo sustraerse al influjo de sus maestros, los jesuitas, con quienes estudió durante ocho años. Desde luego ese influjo se manifestó en doble vertiente: por una parte admiró la disciplina de su inteligencia, su severo comportamiento y la manera elevada de mirar la vida, y por la otra reemplazó el método de los silogismos y

refutó la contradicción para ellos invencible entre los sentidos y el espíritu. (Qué bello este poemita filosófico:

*Somos contenidos para ser potentes;
castos, para poder amar;
sobrios para poder comer y beber;
reposados, para poder caminar;
tranquilos para poder matar
con un amago de acto.*

Y esta definición de castidad:

*Castidad es paladearlo todo,
acariciarlo todo sabiamente,
y no dilapidar.*

En una célebre polémica que sostuvo con Antonio José Restrepo a raíz de la publicación de *Mi Simón Bolívar* y los juicios emitidos sobre Santander, Fernando González respondió a "Ñito" Restrepo en estos términos:

Si logro que la próxima juventud comprenda que no hubo tal amor a leyes en los orígenes de nuestra actual República de Colombia, sino envidia y odio hacia el Libertador y Venezuela, habré logrado restablecer la justicia histórica y que nuestra patria pueda desarrollarse normalmente.

Porque un país que no esté fundado en historia verdadera y noble, sino en un cuento de rábulas; un país que tenga que mentir siempre que se refiera a su historia. . . dudo que pueda subsistir, pues carece de conciencia nacional.

¿Por qué enaltecer a Santander, si no fue noble en su conducta? Y yo compruebo psicológicamente, con documentos, que ninguno quisiera ser amigo íntimo de Santander: era perverso; lo veremos adelante y en el segundo volumen de mi obra.

¿Por qué es preciso mentir y enaltecerlo? ¿No tenemos a Camilo Torres?

Lo enaltecen porque fundó una secta de intemperancia verbal y sentimental y de aguardiente de caña que se ha llamado liberalismo colombiano y para atacar así a Bolívar, a Venezuela y a sus hombres.

¿No comprenden ustedes que mientras no dejemos el odio entre suramericanos, mientras no elevemos la conciencia por encima de la Mina del Zancudo, en Titiribí, y por encima del Táchira, no seremos nada?

Santander era un hombre hábil en intrigas, inteligente para recaudar y hacerse a copartícipes, y de buena inteligencia para manufacturar enredos: esas eran sus cualidades.

A continuación alude a Nieto Caballero, quien dice que Fernando González le alaba a Bolívar la muerte de Piar y a Santander le censura la de Barreiro.

¡No vé! Ignoran ustedes, a causa de no haber pasado de Rojas Garrido y del Indio Uribe, de Mariano Ospina y de Marco Fidel Suárez y del aguardiente de caña, la ciencia de la motivación.

Veámos.

1o. Bolívar fusiló a su amigo, por necesidad, y lloró y se lamentó siempre. Puso su ideal por encima de sus sentimientos personales; fue organizado psíquicamente. Sacrificó una amistad al bien de la América.

2o. Santander fusiló a un enemigo vencido, cuando Bolívar había decretado el amor al español; asistió al acto, y recorrió las calles con banda de música, y bailó y pidió carta **para cubrirse**, etc.

¿Crean “los lanudos de Bogotá” que los homicidios pueden compararse entre sí, como las naranjas? Los actos humanos son morales y se aprecian por la motivación.

Y concluye, tajante:

Les falta a ustedes ocho años de jesuitismo para poder comprenderme¹.

El periplo intelectual de Fernando González fue prolongado. Abarca desde 1916 hasta 1964, es decir, cerca de cincuenta años de lucha intelectual por la defensa de sus convicciones. Pero este lapso puede ser dividido en dos épocas, entre las cuales se presenta

1. *Cartas a Estanislao*. Editorial Arturo Zapata, Manizales, 1935, págs. 9 a 21.

un intermedio de silencio, de abandono casi absoluto de la literatura, que aprovecha en su finca de Envigado, que había de denominar "Otraparte" —evocación del "vivir a la enemiga"— para un contacto más cálido y cercano con la naturaleza y dedicarse a experimentos homeopáticos.

A la primera época pertenecen *Pensamientos de un viejo*, título al parecer curioso en tratándose de su primer libro, pero en donde está en germen su pensamiento filosófico posterior: en él expone la teoría según la cual el movimiento del espíritu sirve de medida al tiempo, elogiosamente comentada por Jorge Ordenes en "El ser moral en las obras de Fernando González"; Una tesis, su trabajo de grado, así llamado ante la oposición de las directivas universitarias a que llevase por título: *El derecho a no obedecer; Viaje a pie, Mi Simón Bolívar; Don Mirócleles, El hermafrodita dormido, Mi Compadre, Cartas a Estanislao, El Remordimiento, Los Negroides, Santander y El maestro de escuela*. Igualmente la "Revista Antioquia", de la cual aparecieron diecisiete números, siendo Fernando González su director, corrector de pruebas y único colaborador. En esta singular revista publicó ensayos filosóficos, literarios, sociológicos, políticos, sus más conocidos poemas y dos notables narraciones (novelas) de contenido religioso: *Don Benjamín, jesuita predicador y Poncio Pilatos envigadeño*.

De la segunda época son las obras capitales de su pensamiento metafísico: *El libro de los viajes o de las presencias* (1959) y *La tragicomedia del Padre Elías y Martina la velera* (1962).

De esos libros, quizá los preferidos del autor, *Viaje a pie* y *Don Mirócleles*, editados en 1929 y 1932, respectivamente, fueron prohibidos por el arzobispo de Medellín. Años más tarde, al comentar el insuceso, limitóse a decir: "Eran tiempos muy inocentes. . .".

Polifacético, incursionó en el ensayo, en la novela, en la historia, en la poesía, en la sociología, teniendo siempre como punto de referencia un pensar filosófico. Llamóse primero, "filósofo aficionado", advirtiéndole que lo hace para no comprometerse demasiado y porque ese nombre es mucho para cualquiera; produce entonces uno de los libros más bellos de nuestra literatura, *Viaje a pie*, traducido en 1930 a la lengua francesa por Francis de Miomandre.

Luego, a mediados de la década de los treinta, escribe *Los Negroides*, que es un ensayo psico-sociológico sobre la Gran Colombia y cree ser el "filósofo de Suramérica" por cuanto ha detectado la

vanidad suramericana (copiadas constituciones, leyes y costumbres; la pedagogía, métodos y programas, copiados; copiadas todas las formas) y, a partir de esa herencia de ignominia, muestra el sendero de la individualidad y autoexpresión: sueña con "El gran mulato" o nuevo hombre latinoamericano del futuro, producto de la adaptación al medio y de la mezcla de razas, orientada por institutos biológicos. En sus últimos años, al unísono con su teoría sobre las presencias y la admirable narración del mundo pasional, mental y espiritual del Padre Elías, su alter ego, aparece como filósofo desnudo o "gimnosofista" (gimnasta de la sabiduría).

Su trabajo intelectual lo realizó, por consiguiente, al margen del pensamiento abstracto, de la filosofía conceptual, de los sistemas rígidos, del culto a la razón desligada de la vida. Y como literato observador que era, en lucha permanente contra la literatura de palabras, actitud ésta que lo convierte en precursor de un nuevo estilo literario caracterizado por ser conciso, profundo y diáfano, y por tanto opuesto al estilo disperso, retórico y rebuscado. La metafísica conceptual la combatió con el conocimiento vivo y el juicio de identidad: Yo = Universo. . . Yo = La Amiba. . . Yo = El coleóptero. . . Yo = Hijo de Dios². Mientras no se produzca la identificación, será imposible entender o intuir otras vidas, obras o ambientes.

Así fue profundizando en el principio que había de servirle como fundamento para sus estudios de metafísica. Aparece enunciado por primera vez en 1933, en el libro *El hermafrodita dormido*, que escribiera durante el desempeño del consulado en Italia. (Fernando González fue cónsul de Colombia en Europa en dos ocasiones, de 1932 a 1934 y de 1953 a 1957, cargo que ejerció en Génova, Marsella, Rotterdam y Bilbao). Tal principio se enuncia de este modo: "No pienso, luego soy". El hombre es la criatura, el existente, atormentado por el pensamiento, perturbado por el mundo fisiológico. Está engeguecido por los dos ojos: bien y mal, mío y tuyo, belleza y fealdad, etc. Pero es un sucediéndose. . . Mediante "viajes", haciéndose viajero, asciende en conciencia, pasa del mundo pasional al mental y de éste al espiritual, tras largo y tortuoso vivir. Necesita consumir sus instintos y, en virtud del remordimiento, escalar más altos niveles. Este proceso moral culminará cuando el hombre, al nacer de nuevo, suprima el pensamiento y se

2. *Libro de los viajes o de las presencias*. Editorial Gamma, Medellín, 1959, pág. 290.

convierta en nada (se reconozca en nada, en acto de absoluta fidelidad consigo mismo, como que ha sido creado de la nada). Entonces podrá disfrutar del Ser único, del Inefable o Padre que solo existe en los entes, en presencia-ausencia. Es Ojo Simple en quien se han reconciliado todos los contrarios. Por tanto no requiere del pensamiento. No piensa, luego ES.

Entendió así la dialéctica de la vida, encarnando en un bello libro al jesuita que quería ser (El Padre Elías), para por este medio explicar la teoría metafísica de viajes y presencias.

La filosofía, concebida ante todo como vida y posibilidad de flotar en la emoción divina, exigía como correlato que la vida se llenara de contenido filosófico. Unificó ambas posiciones, incorporando a su yo el ansiado juicio de identidad. De allí devino un existencialismo de profunda raigambre andina, que con la perspectiva del tiempo habrá de ser juzgado como un valioso aporte al conocimiento y la superación del hombre.

Analista de sí mismo; formidable "atisbador" de seres, actitudes, modos de conducta; sorprendente psicólogo intuitivo y, como resumen de todo, pensador. Pensador apoyado permanentemente en la filosofía. De ahí su admiración por el filósofo, un hombre superior a quien describe de la siguiente original manera:

Entiendo por filósofo el que se rebuja en las cosas de la vida, las revuelve, parece que vaya a tumbar el edificio del universo, y luego se para al pie de los árboles o en los rincones de la casa, como a escuchar, bregando por encontrar una sinergia entre él, el universo mundo y lo desconocido que está por detrás o por dentro³.

El conjunto de su obra es una de las más originales, penetrantes y valiosas de la literatura colombiana. Para muchos es desconocido que fue el primer colombiano en haber figurado como aspirante al Premio Nobel de Literatura, cuando en 1955 fue incluido en una lista de selectos escritores, elaborada por Jean Paul Sartre y Thornton Wilder, habiendo estado su nombre entre los candidatos "con posibilidades", según el embajador de Colombia en Suecia,

3. *Cartas a Estanislao. Ob. cit.*, pág. 139.

Guillermo Mora Londoño, al comunicar la noticia al Ministerio de Relaciones Exteriores.

Fernando González ha sido un escritor y pensador arduamente controvertido, aunque más en su tiempo que en nuestros días. Las razones se encuentran en sus críticas a la clase política colombiana, expuestas principalmente en la revista "Antioquia" y en *Cartas a Estanislao*, pues para el polemista inteligente y virulento, sólo "mostrando el mal" sin reticencias será posible esperar una patria mejor; su actitud del "vivir a la enemiga" en una sociedad plutocrática, plagada de intereses creados, acomodaticia y sin personalidad; la incorporación a sus obras de métodos nuevos, como el introspectivo y el emocional; la lucha franca contra el "bello estilo" o estilo suramericano, caracterizado por la gran longitud de los períodos, con cláusulas entre comas, a veces más largas que la proposición principal, y adjetivos antes y después de cada sustantivo, de donde resulta que no hay ninguna idea, sino "un ruido como el de la música africana"; y el carácter autobiográfico de su obra, en donde se enfrentan tendencias filosóficas, religiosas, sociológicas y psicológicas, dentro de un proceso evolutivo a veces contradictorio pero justificado por el deseo de conquistar nuevos grados de conciencia.

No es de extrañar, por tanto, la posición asumida por intelectuales, políticos, periodistas y hombres de Academia, casi siempre en contra de su obra y pensamiento. No ha ocurrido lo mismo, sin embargo, con los jóvenes que han tenido la oportunidad de conocer sus obras, o algunas de ellas, quienes son decididamente fernandogonzalistas, en su inmensa mayoría. Hoy en día, ante la dificultad de conseguir sus libros, pues las últimas ediciones corresponden con algunas salvedades, a la década del setenta, sorprendente ver en librerías de Medellín, el rápido consumo de las ediciones piratas que se les ofrecen. No en vano adelantó su lucha pensando en la juventud, en la necesidad de librarla de prejuicios, de que se encontrara a sí misma y se autoexpresara. Por este motivo despreció a quienes llamaba "púberes con barbas canosas" y a los que tienen el vicio solitario de opinar sin que la realidad excite su pensamiento y sin que muestren capacidad para la acción. Fernando González quería: **"Proposiciones claras: sin discursos; agarrar los problemas; dar la mente a una cosa, a toda ella y solo a ella. No dispersarse, ideas duras, concretas. Propósitos y amores duros"**⁴.

4. *Cartas a Estanislao. Ob. cit.*, págs. 49 y 50.

A mediados del año de 1958, siendo estudiante universitario y después de haber leído la mayoría de sus libros, me decidí a conocerlo personalmente. En Medellín tomé un bus de escalera y una tarde llegué al vecino municipio de Envigado. En la casa hoy organizada como Museo y conocida con el nombre de "Otraparte", rodeada de frondosos árboles, encontré a un hombre de mediana estatura, delgado, lento en el caminar y que se apoyaba en un bordon; ojos grandes y escrutadores; usaba boina vasca, remembranza de su añorado Bilbao y del ancestro de su apellido materno: Ochoa. Tenía 63 años de edad y era pronunciada su sordera, que empezó a manifestarse en plena juventud cuando después de largas jornadas nocturnas dedicadas a la preparación de *Pensamientos de un viejo*, solía salir a la manga de la finca, envuelto en sábana blanca, a percibir los efluvios de la noche y la energía del ambiente. Por eso acostumbraba colocar la mano abierta detrás de la oreja grande y saliente, para escuchar. Hablaba con fluidez y gracia, paladeando las palabras. Parecía un filósofo socrático cuando me invitó a recorrer la finca. . .

Allí en "Otraparte", disfruté de tardes inolvidables durante cinco años. El maestro murió el 16 de febrero de 1964. Le sobrevivió su esposa, doña Margarita Restrepo, hija del expresidente Carlos E. Restrepo y cuatro de sus cinco hijos, pues Ramiro había fallecido cuando estaba próximo a terminar su carrera de medicina. Todos ellos son hoy en día, destacados profesionales, pero el país conoce especialmente a Simón González, ex-intendente de San Andrés, llamado el brujo por haber sido el organizador de un Congreso Mundial de Brujería y por su afición decidida hacia lo exótico y desconocido; hoy vive en la Vieja Providencia, enamorado de la mar y de la barracuda de los ojos verdes y lágrimas azules. Es fiel discípulo de su padre. Sólo que estamos ansiosos por conocer su primer libro, anunciado con este sugestivo nombre: *Sin amor, todos somos asesinos*.

Es preciso admitir que Fernando González trató sin contemplaciones a la Colombia que le tocó vivir. Aquí "no humea la especie humana", sostenía, y afirmó que sus habitantes son más bien "animales parecidos al hombre". Ciertamente fue implacable con muchos de sus compatriotas y con los vicios sociales, sobre todo aquellos que nos han impedido formar una cultura. Pero a esa crítica procedió con veracidad, pensando en la juventud y en la Colombia del futuro.